

EL ADRIANO EN SIRIA, COMEDIA EN TRES ACTOS.

POR DON GASPAR ZAVALA, Y ZAMORA.

ACTORES.

<i>Adriano</i> , solícito amante de	✦ <i>Aquilio</i> , Confidente de Adriano, y
<i>Emirena</i> , prisionera de Adriano, prometida esposa de	✦ amante oculto de
<i>Farnaspe</i> , Príncipe Partho, tributario de	✦ <i>Sabina</i> , prometida esposa de Adriano.
<i>Osroa</i> , Padre de Emirena, y enemigo de Adriano.	✦ <i>Mario</i> , Capitan de la Guardia.
	✦ <i>Soldados</i> , <i>Matronas</i> , y <i>Caballeros Romanos</i> .
	✦ <i>Soldados Parthos</i> .

La Escena en Antioquía.

ACTO PRIMERO.

Plaza espaciosa de Antioquía, con varios trofeos militares, compuestos de Insignias armas, y otros despojos de Barbaros vencidos. El rio Orontes, con un suntuoso puente, y escalera, que atraviesa la Ciudad. Trono Imperial á un lado.

ESCENA PRIMERA.

Adriano conducido por sus soldados sobre unas andas, que forman de sus escudos; Aquilio, Mario, Soldados y pueblo Romano, de esta parte del rio; y de la otra, Osroa, Farnaspe, y Soldados Parthos.

Musica. Coronese Adriano
sobre el undoso Orontes,
y mas, que sus arenas,
sean los años que su imperio goce.

Acabada la musica descende Adriano de las andas.

Aqui. Cesar invicto, el Príncipe Farnaspe,
que al otro lado del Orontes queda,
en el plausible dia de tu triunfo,
para besar tus pies, pide licencia.

Adri. Que llegue pues.

Aquilio pasa el puente, y llega al otro lado del rio: y Adriano, ayudado de Mario, sube al trono, y puesto en pie, dice:

Valientes compañeros, (tra
deudos, y amigos, hoy de mano vues-
un Imperio recibo, conservado
tanto por el valor de vuestras diestras,
como por el esfuerzo de la mía:
y á la verdad no alcanzo, porque deba
uno solo, coger el blando fruto,
que tanto, á todos, de fatigas cuesta;
Pero yo haré de modo, que mi gloria
y mi felicidad de todos sea:
vuestras serán del trono las delicias,
y míos, los cuidados que le cercan.
No mis vasallos, si, de vuestra fama
de la gloria de Roma, y de la honesta

A

es-

esperanza, que á todos os anima,
sereis mientras yo reyne. El solo objeto
de Adriano, será la conveniencia
del bien comun y el lustre de la Patria,
que es lo que mas á todos interesa.
Procuraré, que mis acciones todas,
no infamen el lugar á que me eleva
vuestra eleccion: haré que no decaiga
la fama que adquirieron las excelsas
virtudes de los Cesares Romanos:
y en fin, no Rey, un Padre, en mi os
espera.

Sientase al ver llegar con Aquilio á Farnaspe, Osroa, y algunos soldados Parthos.

Osroa. Puesto que á mi, no puede conocerme,

á Farn.

mis consejos exáctamente observa.

Farn. Invencible Adriano, honor de Roma
y del Asia terror, á tus pies llega
el Principe Farnaspe; ayer contrario
de tus armas, blasones, y grandeza,
y hoy quien tus triunfos canta.

Adr. Alza del suelo.

Osroa. Mira, que es ya tanta humildad su
perflua,

(des

Adr. Madre comun es Roma: sus bondades
acogen siempre, á el que á invocarla
llega:

su modestia perdona á los vencidos;

honra á los vencedores su nobleza:

ensalza su virtud á los humildes:

y su valor abate la soberbia,

de quien sus leyes ultrajar pretende.

Osr. Qué orgullo tan odioso!

Farn. Una fineza

propia de esa virtud, vengo á pedirte;

La sin igual belleza de Emirena

Princesa de los Parthos, hoy se halla

por vuestras armas hecha prisionera.

Adr. Y bien, qué quieres?

Farn. Que piadoso alivies

el peso de su misera cadena.

Adr. Qué escucho!

Farn. Enjuga el llanto de su patria,

buelvela á mi poder y en recompensa,

pide quanto quisieres.

Adr. Yo Farnaspe,

solo he venido á hacer al Asia guerra,
no á comerciar. Jamás la noble Roma,
quiso vender la libertad agena,
como practican barbaras naciones
á precio vil: la sobran las riquezas,
y quando nó, sin infamar su gloria,
el valor de sus hijos, se las diera.

Farn. Damela pues heroicamente, á pre
de mi fiel gratitud.

(cio

Osroa. Pendiente queda

ap.

de su labio mi vida.

Adr. estoy confuso.

suspense.

Farn. No me respondes?

Adr. Si: su padre venga,

que á el entregarla solamente debo.

Farn. Desde el pasado encuentro, no hay
quien sepa

de Osroa, Señor, el paradero triste.

Adr. Pues mientras se descubre, la Prin
cesa

bajo de mi cuidado, y en palacio,

como absoluta del imperio queda.

Mas qué mucho, si lo es de mi

ap.
(peña

Farn. Ya generoso Adriano, que se em
tu noble compasion tanto en honrarla,
deja que á unirse con su esposo vuelva.

Adr. Oh Dioses! Como:::—

sorprend.

Aquil. Mucho se declara.

ap.

Adr. Acaso tiene esposo ya Emirena?

Farn. Solo falta que el rito lo confirme.

Adr. Oh injustos Cielos, qué funesta
nueva!

ap.

dime, y quién es? con impaciencia.

Farn. El Principe Farnaspe.

Adr. Tú su esposo! (qué rabia!) Y te ama
ella?

(mos,

Farn. No bien, Señor, la luz primera vi
quando á amar empezamos, y esta ho
guera

con el trato y la edad creció de modo,
que una es el alma, que á los dos go
bierna,

ó dos almas animan solo un cuerpo.

Yo mis glorias hallaba en Emirena,

y ella en mi, sus delicias, quando (ay
ansias!)

las

las vencedoras haces que gobierna
tu brazo incontrastable, la separan
del amor de su padre, y mi ternera,
mas no de un corazon, en donde siem-
pre

á pesar del destino se conserva.
Conmpadécete pues, noble Adriano,
del influxo tirano de mi estrella:
duelete de mi amor, y haz venturosa
una pasion tan firme y verdadera.
Pero qué de escucharme extremeces?
te ofende por ventura mi flaqueza?
te averguenzas de ver que amor me
rinde?

No lo hagas, pues; atento considera,
que si de Roma los excelsos hijos
nacieron á ser heroes, y se afrentan
de que otro amor que el de su fama
misma

en sus sobervios corazones quepa,
yo que he nacido en mas benigno clima,
no me afrento de amar, y aun en la
guerra

si doy todo mi horror á mi enemigo
doy toda mi ternura, á la belleza. (do

Adr. En mi me abraso, Dioses, y no pue-
decir que son mis zelos la materia. *ap.*

Mar. Mucho dice Adriano en su *ap.*
semblante.

Adr. Alma suframos. Principe, Emirena,
Desciende del Trono.

árbitra de tu suerte (y de la mia) *ap.*
pues tu lo pides, este instante sea.

A verla ven conmigo, y si te sigue,
con ella parte. (Aunque Adriano muer-
ra.)

*Parte con Aquilio, Mario, soldados, y
pueblo Romano.*

Farn. Las crueles prisiones que la quitas,
se las pones de nuevo á mi nobleza,
con tan heroyca accion.

Osroa. No has conocido
Farnaspe, de Adriano la cautela.
El adora á Emirena, está zeloso
de tu amor, y si ha dicho que lo deja
á su arbitrio, tendrá la confianza
de que ella infiel, desayre tu fineza.

Pero juro á los Dioses inmortales,
que sino me engañara mi sospecha,
con este azero propio, con mi mano:-
Mas hija es de Osroa, no hará tal vile-
za.

Farn. No tal imagineis: Cesar es justo,
y Emirena mi bien: nada me altera,
á verla voy.

Osroa. Ve, corre, mas no digas
que vine yo contigo.

Farn. Ni á Emirena?

Osr. Tampoco: lo sabrá, quando logradas
en un todo mis máquinas se vean.
Saquemos del poder de ese Tirano,
esá querida, y desgraciada prenda,
que mi furor contiene, y luego corra
sin freno mi venganza. Roma sepa,
que Osroa, aun vencido, á castigar
aspirá

de sus temidas armas la violencia,
la iniquidad de sus severas leyes,
y de sus fieros hijos la soberbia.

*Farnaspe por la izquierda con el mayor sé-
quito de Partios, y Osroa por lá derecha
con el resto.*

ESCENA II.

*Cámara destinada á Emirena en el Pala-
cio. Aquilio y Mario.*

Mar. Aquilio, explayate con un amigo
de cuya lealtad tienes mil pruebas.
Por qué dexas á Augusto, é impaciente
al mismo quarto vienes de Emirena?
Qué te aflige?

Aquil. Ay amigo, la esperanza
de mi amor, acabó. Yá te dí cuenta
de que Sabina, á quien tan ciego adoro
es prometida Esposa de la excelsa
Magestad de Adriano. Este, rendido
á la suma beldad de la Princesa
que prisionera tiene, fue olvidando
á persuaciones mias, las promesas,
que hizo á Sabina. Yo su nueva llama
procuré fomentar, porque tuviera
este alivio, la mia: pero ay Mario,
que hoy del bien que idolatra, se ena-
gena

su corazón heroico, y á Farnaspe::

Mar. Ya lo he escuchado, y con razón esperas,

que á amar vuelva á Sabina.

Aquí. Esa es mi angustia,
mi pena y mi dolor.

Mar. Y bien, qué intentas?

Aquí. Persuadir con engaños á esa joben-
beldad, á que no admita la propuesta
que ha de hacerla Adriano. Este es el
solo (da.

arbitrio, amigo, que á mi amor le que

Mar. Ella viene.

Aquí. Retírate pues, Mario. (vas.

Mar. Los Dioses tu designio favorezcan.

ESCENA III.

Aquilio y Emirena.

Emi. Aquilio, dime, el Príncipe Farnaspe
habló ya á vuestro Cesar?

Aquí. Mas valiera,
que ni á verle llegára.

Emir. Cómo, Aquilio, *sobresaltada.*
pues qué ha habido? declarate, no ten-
mi corazón dudoso. Tú suspiras? (gas
oh justos dioses!

Aquí Diole Adriano audiencia:
pidió tu libertad: le dixo, incauto,
que eras suya, y que adora tu belleza.
El Cesar arde en celos, se enfurece,
quiere enubrirlo, pero nunca acierta,
tiembla, amenaza, jura, que si ingrata
ni un solo indicio de ese amor conservas
al mismo Capitolio ha de llevarte
el día de su triunfo, por que veas

que si amante, se rinde á tu hermosura,
celoso ya de tu beldad se venga. (no!

Emir. Qué escucho penas! y este es Adria-
este el heroe del tiber, de quien cuenta
mil grandezas la fama? el alma grande
que Roma eleva hasta su trono, es esta?
Es esta la virtud, que hay en sus hijos?
Y estas, en fin, sus decantadas prendas?
Mintió la fama, sí, mintió el elogio
que vuestro pueblo tributó á su Cesar.

No es digno de él, quien á su gloria
falta,

é infamemente dominar se dexa
de una pasión tan vil. Yo al Capitolio,
arrastrando la misera cadena
que me puso la suerte! Me estremezco
tan solo de escucharlo. Yo pudiera
tolerar este ultraje? Ah! no lo espere:
No es el Africa sola la que engendra
heroicas almas, no: tambien en Asia
saben morir, por no sufrir su afrenta.

Aquí. Conozco tu razón, y es ley iniqua,
la que aun no exime á la persona regia
de acompañar al triunfo tolerando
de un pueblo libre la arbitraria ofensa.

Emi. Y que unas leyes barbaras que impu-
so

el orgullo de Roma y su soberbia,
la hagan tan respetable? Yo confieso
que veneré su imperio, y sin violencia
sus elogios oía: pero ahora
que conozco sus máximas horribles,
el fiero despotismo de sus heroes,
y la debilidad que en todos reyna,
me avergüenzo de ver que el orbe todo
leyes admita, y máximas aprenda
de una nación que funda su justicia,
en el poder inmenso de sus fuerzas.
Pero ah! que inutilmente me lamento!
soi de ese horrible monstruo prisionera
y ha de vengar sus celos. Dime Aqui-
lio, (ta?

qué medio habrá para evitar mi afren-
Aquí. Uno solo: Farnaspe, con Augusto
vendrá á verte muy presto: la propues-
ta

de partir con el Príncipe no admitas:
una cautela, vengas otra cautela.
Adriano pretende así engañoso,
conocer tu pasión, para poderla
castigar con tu oprobio: tú advertida
disimula tu amor: desdenes muestra
á tu querido Príncipe: tus voces,
y tu semblante en todo desvanézcan,
las sospechas de Augusto.

Emir. Y mi Farnaspe,
qué diría de mí? Tú no penetras

su corazon : á un solo desden mio
le verias morir en mi presencia. (ca.

Aquil. Pues quedate, y mejor arbitrio bus-

Emir. Aguarda Aquilio : y pues mi suerte
adversa

lo quiere así , vé , corre , y á Farnaspe
advierte:: :-

Aquil. Ya con Adriano llega.

Emir. Qué pena dioses!

Aquil. Pues tu riesgo sabes,
burla con mafia su exécrable idea. *vas.*

ESCENA IV.

Adriano , Farnaspe , y Emirena.

Adr. Vé allí , Farnaspe , el dulce bien,
que adoras.

Animo corazon. Mira Emirena,
con quien vuelvo á tus ojos : no me
digas

que todo quanto debe , no se esmera
Adriano en tu obsequio.

Emir. Es imposible,
que yo encubrir mi regocijo pueda. *ap.*
Quién es ese Estrangero?

Farn. Qué oygo dioses!

Adr. No le conoces?

Emir. No es la vez primera
que su gallardo personal he visto;
mas no sé acaso , donde , ni quien sea.

Farn. Estoy soñando! *ap.*

Adr. Como , nó conoces
al Príncipe Farnaspe?

Emir. Amor , paciencia. (tho

Tú eres Farnaspe ? tú el valiente Par-
á quien debió mi Padre su defensa
en tantas lides ? Si , ya por tu nombre
tus virtudes conozco , y tus proezas
trage mas de una vez a mi memoria

Farn. Cielos es desvario ó evidencia? *ap.*

Adr. Príncipe no dixiste , qué te *al oído.*
amaba?

Farn. Solo diré que se mudó Emirena.

Adr. Si acaso los respetos que se deben
á Emirena.

á mi persona Augusta , te violentan
á proceder tan tibia con Farnaspe ,
dímelo ya : mi Magestad suprema

no ha de querer forzar un alvedrio.
Este es tu bien : si le amas á qué espe-
ras?

parte con él : recibe de Adriano
esposo , y libertad.

Emir. Quién te creyera! *ap.*

Adr. Respondeme.

Emir. Ni libertad , ni esposo,
puedo admitir.

Adr. Lo oiste ? *á Farnaspe.*

Farn. Amor pluguiera ,
que mi mismo tormento me acabára
antes de oirtan claras mis ofensas. *ap.*
Emirena , mi bien , gloria otro tiempo
de mi fiel corazon::-

Emir. Oh qué de penas
me cuesta esta ficcion! *ap.*

Far. Quién ha cambiado
tu fino amor , en ira y en tibieza?
En qué pudo ofenderte , quien vivia,
en fe de que te amaba?

Emir. Cómo : sueñas?

Adr. No dixiste , qué á ser tu esposa
iba ? *al oído.*

Far. Solo diré , que se mudó Emirena.
Que en fin , muger ingrata , muger
falsa ,

muger mudable , cautelosa y fiera,
muger toda traiciones , toda engaños,
muger en fin , que en solo serlo , en-
cierras

quanto de criminal y detestable
puede hallarse en el alma mas per-
versa,

¿Creible es que olvidarás tan apriesa,
el deber que te impuso la promesa,
que á tu Principe hiciste ? Asi que-
brantas

la fé , que le juraste? dí , son estas
las tiernas ansias con que le esperabas?
Es esta , dí , la dulce recompensa,
debida á su constancia? Tè confundes?
Te cubres de rubor? callas y tiembles?

Emir. Principe , calla y vete.

Farn. Qué me vaya!

No estraño , que te sea mi presencia
tan insufrible ya : no hay delincuente,
que

que la del Juez severo no aborrezca.
Yo me iré, que tambien me es á mi odiosa

la vista de una infiel, que áun se averguenza

de decir, que amó un dia: pero teme, teme de las deidades sempiternas el debido castigo á tu perfidia, á tu deslealtad y á tu fiereza. *parte.*

Emir. El parte, dioses.

en acto de partir llorosa.

Adr. Emirena, adonde tus pasos guías?

Emir. A llorar mis penas, pues todo lo perdí. Oh, una y mil veces, *ap.*

mal haya mi temor, y mi flaqueza!

Adr. Nada perdiste: desu tierno llanto no sé que discurrir. Yo sí, Emirena, que en tus ojos perdí, la paz que un tiempo

gozaba el corazon: verdad es esta, que en mi triste semblante habrás leído,

mas de una vez. Alivia, pues, tu pena, y puesto que depende de tí sola mi dicha, ó mi desdicha:::-

Emir. Cielo, aun resta qué sufrir esto mas? *ap.*

Adr. Hoy vencedora, sé de tu vencedor: la llama templa:::-

Emir. Ya basta, yo creí que respetara mas mi virtud, y mi desgracia un Cesar.

Pero pues el abusa de la triste situacion, á que rigida mi estrella me ha traído, no estrañe que le diga, que en vano al rendimiento, ni á la queja, *(cia,*

encarga el contrastar hoy mi constancia: pues si el Trono perdí, no la firmeza, que esta es mia, si aquel de la fortuna.

Adr. Qué hermosa ingratitud! Pues dí, qué ofensa

recibe tu virtud, de quien un Trono, y una mano te ofrece?

Emir. De él, ni de ella,

eres arbitro tñ: pues quando el mundo por su señor te aclama, tu baxeza (te te hace esclavo de Roma, y no permite que en el lugar supremo de sus Reynas,

se siente una Latina.

Adr. Te engañaste.

Emir. Berenice y Cleopatra, con afrenta de Roma desterradas, lo acreditan.

Adr. Es ya menos su orgullo y su soberbia,

y mas acostumbrada al dulce yugo, obedece las leyes de su Cesar.

Emir. Quando Roma lo sufra, deberia Sabina consentirlo?

Adr. No te niega,

Adriano, que amó mas de dos lustros á esa Romana, y se lo dixo á ella. Pero no habia visto de tus ojos el poderoso encanto. Viote apenas, y ya ni aun la memoria de Sabina quedó en su corazon.

Emir. De tal baxeza es capaz Adriano? El mundo todo si llegara á saberlo, qué dixerá?

Adr. Dirá que si la amé como Adriano, elevado una vez á mas suprema dignidad, prescindir de un amor debo que á mi gloria tal vez no conviniera. Y en fin, condenará, señora, el mundo que por gozar de un sol, dexe una estrella?

ESCENA V.

Aquilio presuroso, Emirena y Adriano.

Aquil. Señor.

Adr. Qué ocurre? dí.

Aquil. Que en este instante, con numerosa comitiva llega á la Ciudad latina:::-

Adr. Quién?

Aquil. Sabina.

Adr. Dioses! *sorprendido.*

Emir. Albricias, alma. *regocijada.*

Adr. Aquilio, sueñas?

Sin orden mia:::- cómo:::- qué pretende?

Te habrás equivocado.

Aquil. No me creas

á mi, señor, cree al confuso pueblo,
que aclamándola Augusta, aquí se
se acerca.

mientras yo me recobro: no quisiera:-

Adr. Corre, pues y conducela á otra
estancia.

que en este estado:- á que mal tiempo vino!

Vé.

Aquil. No es posible, porque ya aquí
llega. (do. ap.)

Adr. Mi agitacion disimular no pue,
ESCENA VI.

*Sabina con el posible séquito de Ma-
ironas y Caballeros Romanos,
Aquilio, Emirena y Adriano.*

Sab. Señor y esposo mio, ya mis
penas

tuvieron dulce fin, pues el instante
que tanto suspiré, gozar me dexan.

Ya vuelvo á ver el dueño de mi
vida,

despues de tantas ansias y tan fieras,
como he sufrido, ausente de él,

¡Ah quanto
de angustias, tu valor, mi bien
me cuesta!

Con quanto sobresalto me hatenido
tu intrepidez, señor, en las sangrientas
lides, con toda el alma te seguia
por medio de las huestes, que tu
diestra (ños

arrollaba tal vez: y aun entre sue-
á tu lado asistia mi fineza.

¡Qué humildes votos no ofrecí á
los dioses,

porque tu dulce vida defendieran
del impulso enemigo! Y cuántas
veces

te presentaste á mi amorosa idea,
ya cubierto de polvo y sangre el
rostro,

qual rayo despedido de la esfera,
destruyendo, asolando belicoso

las enemigas aces! dexa, dexa
pues, que mi amor te vea coronado

de ese sacro laurel, en recompensa

de los sustos, las ansias, los cui-
dados, (tas.

y las lagrimas tiernas que me cues-

Adr. Yo no sé que decirla. ap.

Sab. Amor, qué indica
la suspension y frialdad del Cesar?

Emir. Qué mal pagado extremo!

Adr. No esperaba,
á la verdad, señora, que vinieras

sin avisar al menos: pero quede
para despues esta amorosa queja,

y de que descanséis, tratemos solo.
Ola, Aquilio, á mas digna estancia

lleva

á Sabina al momento, y los honores
que á mi, se la tributen. Su presencia

me cansa ya, y no sé como encu-
brirlo. ap.

Ay bellissima ingrata! Ay Emirena!

Sab. Vos me dexais, Señor? quando
buscando,

vengo en vos mi descanso:-

Adr. A esa fineza
responderé en llenando los deberes,
que aquí me impone el título de Ce-
sar. vas.

Sabina, Emirena, séquito.

Sab. Qué es esto, Aquilio? al oido.

Aquil. Facil es, señora,
de adivinar. Augusto adora, y esa

Señalando á Emirena

es la rival, que á vuestro amor previene?

Emir. Señora, así los dioses favorezcan
tu constancia, y extremo, compadece

y ampara á una infelice prisionera,
que en un dia ha perdido, padre, es-

poso
patria, reyno y ventura.

Sab. Si desea
engañarme esta aleve, á sí se enga-
ña. ap.

Emir. Y entretanto, tu augusta mano
dexa

que bese mi humildad.

en acto de arrodillarse.

Sab. Aun de Adriano

desenhiendola con aspereza.

no soy esposa. Sin razon te quejas de tu suerte pues nada te ha quitado, en tanto que te dexe una belleza capaz de grangear mas que has perdido. (sa. ap.)

En zelos ardo ya, sin ver la ofensa. No así, bella Sabina, mi fortuna quieras hacer mas dura. Tu demencia invoca mi dolor.

Sab. Quizá este dia, tendrá que mendigarla mi grandeza, de tí misma.

Emir. Si acaso te complaces en insultar mi mal:-

Sab. Basta, Princesa. con enojo.

Emir. Rival suya me cree! hay mas pesares!

Sab. Dexanos solos.

Emir. Voy: mas considera, que mas de tus iras y desprecios soy digna de tu amor y tu clemencia. parte.

ESCENA VIII.

Sabina, Aquilio y séquito

Aquil. Probar quiero mi suerte: amor, protege

mi astucia, y lograránse mis ideas. ap.

Sab. Qué dices de esto, Aquilio? con languidez.

Aquil. Que me admira

la sin razon de Augusto. Es mucha ofensa, cia,

la que os hizo este dia su inconstancia sin ver quanto os es facil, si quisierais vengarla por vos misma.

Sab. Cómo? dime. (ga)

Aquil. Habrá alguno, señora, que no tempor la mayor ventura, que esos ojos, sin ceño á verle lleguen? Pues qué esperan?

Será honor vuestro mendigar caricias, de quien, por otra, á abandonaros llega?

Podreis sufrir tan injuriosos celos?

Quereis ver mas patente vuestra ofensa?

No, Sabina, conozca hoy Adriano, lo que pierde en perderos. Muera,

muera,

del mismo mal, con que mataros quise: y pues os di de mi lealtad mil pruebas:::

resolveos:::- (dignacion.)

Sab. A qué he de resolverme? con in-

Aquil. A atraer á Adriano con finezas, con alhagos, en fin, con la constancia,

hasta que se avergüence de su fiera, y horrorosa perfidia. Este es el medio.

Vuélvome al puerto, pues el mar se altera. ap. (pira.)

Sab. Dices bien. Corazon, gime y suspero al menos oculta tu flaqueza, no tenga ese traidor, ya que me ofende,

la gloria de que siento yo su ofensa. parte.

Patio del Palacio Imperial, con una parte de él incendiada, y poco despues arruinada por los gastadores. Noche.

ESCENA IX.

Osroa que sale del Palacio con unaacha encendida en una mano, y el acero desnudo en la otra, seguido de algunos incendiarios Partibos, y despues Farnaspe.

Osr. Esforzados, amigos, vengadores del honor de la patria, cuya afrenta, á no ser por el mio y vuestro aliento, eternizada en las edades fuera, ya veis quan propicios hoy los Cielos son, á nuestra osadia. Vuelvan, vuelvan

á mirar vuestros ojos, esas tristes pavorosas ruinas de la excelsa mansion de ese Tirano: deleytaos este momento, en ver como se eleva hasta los astros, entre nubes de humo, la asoladora llama. Sea, sea ese triste espectáculo, un consuelo aunque pequeño á las desgracias nuestras.

Ojalá ese edificio suntuoso, trofeo ya del odio que en mi reyna, dentro de sí encierra el Capitolio,

el iniquo Senado y Roma entera.

Farn. Osroa , Señor. *acelerado.*

Osr. Detente.

Farn. Acaso:::-

Osr. Calma

tu inquietud, que obra es mia, la que observas?

Farn. Dioses ! Y tú hija?

Osr. Ya con el tirano,

entre esas ruinas sepultada , dexa tal vez, su horrendo crimen satisfecho.

Farn. Que dices ? Infeliz. *en acto de irse.*

Osr. Farnaspe , espera:

á donde vas?

Farn. A conservar su vida,
ó morir en sus brazos.

Osr. No te acuerdas,

que quebrantó su fe, que dió al olvido su amor, sus juramentos y promesas

Farn. Es perjura , lo sé; mas yo la adoro, veo su riesgo y debo socorrerla. *vas.*

Se quita el manto y se oculta por medio de las llamas.

Osr. Pues quiere aventurarse temerario, guardémonos nosotros para empresas mas gloriosas, amigos. Hija ingrata, tu proceder, mi crueldad fomenta: parece en el peligro , pues quisiste preferir un tirano á mi ternera.

Parte con todos los suyos por la derecha.

ESCENA X.

Sabina por un lado , Aquilio por otro, y poco despues Adriano , cada uno con sequito distinto y luces.

Sab. Aquilio , dime , se salvó mi esposo?

Aquil. Ignoro su destino.

Sab. Y qué , le dexas

en el mayor peligro? Le abandonas quando mas necesita tu asistencia?

Aquil. Señora:::-

Sab. No lo estraño ; así procede quien ama como tú , mas la diadema, que al Monarca: Si , Aquilio, tu cuisaste

del torpe adulador la baxa e...

sois del Príncipe , en tanto que propicia, (versa.

le es la suerte, y huiis quando es ad-

Aquil. Ya llega.

Sab. Ya respiro. Augusto.

saliendo á encontrar á Adriano.

Adr. Dónde,

Emirena se halla?

á Sabina con impaciencia.

Sab. Mi fineza,

llegó aquí en busca tuya, hace un instante.

Paciencia agravios! *ap.*

Adr. Dónde está Emirena?

con mas impaciencia.

Aquil. Noparece, señor, en parte alguna.

Adr. Qué es lo que dices ? Infeliz Princesa.

queriendo partir,

Sab. Tente, señor, y mira que el incendio es mayor cada vez, y que se arriesga tu persona. (frialdad.

Adr. Vé, Aquilio, y haz que todo con quanto la llama abrasa con presteza, se arruine : cortemos de esta suerte sus funestos progresos.

Aquil. Mi obediencia

te responda. *parte con algunos.*

Sab. Mas tú , dónde caminas, señor , aventurando sin prudencia una vida , que es alma de la mia, y del Romano Imperio la defensa? Quien sabe si la audaz , si la alevosa mano incendiaria, busca en las tinieblas

el tumulto, á Adriano con intento de terminar sus dias.

Adr. Nada temas: paseando con agitación. asegurado está el traidor.

Sab. Oh Dioses!

Adr. De entre la llama misma que el fomenta (dado

mi guardia le arrancó. Ya le he conducir á la carcel mas estrecha de Antioquía.

Sab. Y quién es el aleve?

Adr. Farnaspe, si: suloco amor le ciega, le inspira una a con tan temeraria.

B

Pa-

Paseando con mas inquietud.

Sab. Pero cómo:-

Adr. Hasta ver libre á Emirena,
perdóname, Sabina, nada escucho.

Parte con los que le acompañaron.

ESCENA XI.

Sabina, y despues Emirena.

Sab. Sueño acaso? deliro? es apariencia
con que mis celos descubrir pretenden
la extension de mi amor, y mi fineza?
¡Dexarme así Adriano, y aun decirme:-
No quiero recordar tan clara ofensa,
ya que no he de vengarla. Pero es
dable

que en una alma tan grande, Dioses,
quepa

tan baxo proceder? A mí, á mí misma
me dice tan á cara descubierta,
su traicion y perfidia? No esperaba
de Adriano tan negra recompensa.
No dí credito á Aquilio, lo confieso:
por impostor le tuve. Ah! mi terneza
me hizo no ver la frialdad de Augusto,
quando llegó mi amor á su presencia.
La turbación que le causó mi vista,
la inquietud que mostraba, la tibieza
con que me habló, llegué á tenerlo
entonces.

por debido respeto á la Suprema
dignidad, que le adorna. Pero (ay
alma!)

este desaire, aunque dorarle quieras,
no dirá claramente su inconstancia?
Ya nos lo ha dicho, sí, y harto me
pesa.

Qué hemos de hacer, sabido ya el
agravio?

Alma, toma el partido que tú quieras;
pero acuérdate siempre que eres mia,
y no te vengues nunca con baxeza.
Matarle: con los celos que él te mata,
á mas de que yo sé que no pudieras,
es un medio muy baxo y de que solo
se valen almas débiles y ciegas,
que no ven que á si mismas se maltra-

tan.

con lo que castigar al traidor piensan.

Alma no las imites: solicita
tu venganza por bien opuesta senda.
Mas amor, mas ternura, mas constancia
y mas fidelidad, el falso vea
cada dia en Sabina. Sus agravios
acrisolen de nuevo mi firmeza,
hasta que el se confunda y avergüence,
dexando á las edades venideras
un testimonio mas, de que en nosotras
reside la constancia y la fineza.

Emir. Qué horror! qué confusion!
despavorida.

Sab. He allí la causa
de mi dolor. *viendo á Emirena,*

Emir. Donde huiré, si apenas:-
Qué es esto, gran señora?

viendo á Sabina.

Sab. Ella pretende
apurar de una vez mi resistencia. *ap.*
A mí me lo preguntas? Mas ya en-
tiendo:

Tu quieres que yo misma de Emirena
los altos triunfos cante, porque acaso
mas agradables á tu oido sean:
yo lo haré y sin envidia. Amor
pluguiese,

que su activa ponzoña no bebiera. *ap.*
Esto es que no hay una alma, que
tus ojos

no rindan y avasallen: que á la fuerza
de su encanto obedecen los Imperios:
los Monarcas suspiran: sus diademas
son á tu pie despojos de tu hechizo.
Y en fin (qué rabia!) que la gloria
Griega

hoy resucita en tí, siendo esta noche,
su Elena tú, la triste Troya aquella.

Emir. Qué sentido, señora, que no al-
canzo,
tienen esas razones?

Sab. Aquí llega, *mirando á dentro*
Farnaspe, conducido por la guardia;
él te podrá explicar lo que no en-
tiendas. *vas.*

ESCENA XII.

Farnaspe conducido por la guardia; Mario, y Emirena.

Emir. Qué miro, Dioses?

Corriendo á encontrarle.

Príncipe:: Romano, á Mario.
por piedad que un instante te detengas.

Farn. La perfida está libre, ya respiro.

Emir. Tú así oprimido?

Farn. Viva tú Emirena?

Emir. Una infeliz no encuentra ni aun la muerte.

Si ha de dar dulce término á sus penas.

Mas dime, por ventura aqueese incendio es obra de tu mano?

Farn. Lo sospechan á lo ménos.

Emir. Por qué?

Farn. Porque soy Partho, y me hallaron acaso entre la espesa nube de polvo y humo, despreciando la llama asoladora, que en pavesa reducía el Palacio.

Emir. Pues qué intento te condujo?

Farn. El librar á mi Princesa, ó morir á su lado.

Emir. Calla, calla: mal haya amen tu amor y tu fineza.

Farn. Qué sientes?

Emir. Tu peligro, que es el mio.

Farn. No tu rigor se burle de mi pena con fingida piedad.

Emir. Fingida! Dioses.

Farn. Puedo yo acaso por veraz tenerla, quando ha un instante que de tu mudanza y tu rigor me diste tantas pruebas? No me hablabas, traidora, en ese estilo.

Emir. Te hablé en otro, mas yo la misma era.

Farn. Y aquella frialdad, con que á tu amante

recibiste?

Emir. Burlar quise con ella los zelos de Adriano.

Farn. Pues él mismo no te ofreció mi mano?

Emi. Fué cautela para ver si te amaba, por vengarse

á su salvo despues.

Farn. Qué dulce nueva!

Luego yo soy::-

Emir. Mi amor y mi esperanza.

Farn. Luego eres tú?::-

Emir. Tu esposa: sí, Emirena, la fiel, la fina, la constante.

Farn. Oh grato! oh dichoso momento!

Emir. Si deseas por ventura::-

Farn. No mas, regalo mio, lo creo: ya detesto mi sospecha, y te pido perdon. Si es que hoy aspiras

á coronar mi dicha, tu fineza me lo otorgue,

Emir. Le otorgo, sí, le otorgo, si lo dudas, yo haré qué así lo creas.
Le abraza.

Farn. Astro inhumano, ya soy yo dichoso,

á tu pesar: sí, busca, traza, inventa,

penas con que afligirme, que ya todas

serán dulces, amandome Emirena.

Emir. No te vayas aun.

Farn. Un astro impio de tí separa el cuerpo con violencia, pero ay, hermosa luz de estos tus ojos,

contigo el alma á su pesar te queda.

Emir. Objeto encantador de mis sentidos,

allá tambien la mia en cambio llevas.

Farnaspe conducido por Mario, y la guardia, por la izquierda, y Emirena por la derecha.

ACTO SEGUNDO.

Galería, que conduce á varios departamentos de la habitación de Adriano.

ESCENA I.

Emirena, y Aquil

Aquil. Solo hasta aquí, Señora, llegar puedes.

El César tardará pocos momentos en salir, pues que ya le he dado aviso, de que Emirena aguarda.

Emir. Yo te ruego, que ampare á Farnaspe, procurando aplacar á Adriano.

Aquil. ¿Y quién su ceño podrá templar mejor que tú, Señora, que á tu arbitrio manejas comodueño, su corazón? Sigamos hoy la trama *ap.* comenzada. Ah Emirena ¡qué diverso

uso, del que haces tú, haría otra, del amor de un Monarca!

Emir. Yo no puedo, porque no puedo amarle.

Aquil. ¿Y es preciso que le ames, para que él llegue á creerlo?

Emir. Pues que ¿le he de engañar?

Aquil. Tampoco: el arte está, en saber hacer, que él á sí mismo

se engañe. Esto es muy fácil, Emirena;

Una mirada tierna, un movimiento, una palabra equivoca, un suspiro, que parezca salir del hondo pecho, sin querer tú que salga, una sonrisa,

un rubor aparente, y un silencio triste, y continuado (quién lo duda?) le harán creer al César, todo aquello que desea, y no dices. No hay amante,

que el sentido no dé mas lisongero, á todos estos simples accidentes: y Adriano, Señora (estoy muy cierto) jurará, que de tí se halla querido,

si observas estos simples documentos.

Emir. Y quando exiga mas patentes pruebas

de mi amor, no verá:—

Aquil. Verá su yerro, pero nunca podrá reconvenirte de engañosa ó mudable, si en efecto tú nunca le digiste, que le amabas.

Emir. Y bien, qué logro al fin?

Aquil. Que en aquel tiempo que el engañado viva, no habrá gracia

que no te otorgue.

Emir. Por tan viles medios ninguna solicito.

Aquil. Harto me pesa.

ap.

Yo tu bien deseaba: pero creo que llega gente: á Dios, y piensa el uso

que debes hacer hoy de mí consejo. *Parte.*

ESCENA II.

Sabina, y Emirena.

Emir. Sabina es.

Sab. Qué he hallar en todas partes la ocasion enojosa de mis celos! *ap.*

Emir. Señora.

Sab. A la verdad, que no creía

En tono satírico.

tan atenta á Emirena: aun el incendio

no está extinguido, quando ya en la estancia

de Adriano solicita te encuentro?

Emir. Vine solo:—

Sab. Quién duda, que vendrias á ver, si libre estaba ya del riesgo?

Emir. A implorar su clemencia.

Sab. De ese modo

nos conduxo á las dos un mismo obgeto:

pero sin competencia: no, no aspiro á que el César atienda antes mi ruego,

que el tuyo: quedaré muy complacida, con

con que le oiga despues.

Emir. Mortal veneno, *ap.*

Vierten sus expresiones. Ay Sabina, cuán sin razon me injurias! Yo no tengo

la culpa, de que Augusto, infiel contigo,

me haga tal vez el blanco de su afecto, pero pago la pena. En fin, Señora, el riesgo de Farnaspe, unico obgeto, de mi justo dolor, y mi fineza, aquí me ha conducido. Yo no puedo verle correr á su temprana muerte, sin que arriesgue por él mi ultimo aliento.

No debeis extrañarlo, le amo tierna: hicesuya mi fe, ya hace harto tiempo, le di mi corazon:::

Sab. Qué dulce nueva!

Tú á Farnaspe? Emirena, puedo creerlo?

Mira, que en la verdad tal vez es-triba

la dicha de los tres.

Emir. Tened por cierto, que á decir otra cosa os engañara.

Sab. Respira, corazon. Pero contemplo, que si tú por Farnaspe te interesas, le expones mas, si el César arde en celos.

Emir. Y qué otro medio queda?

Sab. Yo, Emirena, te le daré.

Emir. Señora::-

Sab. Yo lo ofrezco.

Tu tierno amante á cargo está de Mario:

este debe á mis padre sus aumentos: lo reconoce así, y ha-de otorgarme su libertad, si yo á pedirla llego.

Emir. Oh! Pluguiera á los Dioses!

Sab. No lo dudes:

en la fuente de Venus un momento aguarda prevenida, que yo á ella conduciré á Farnaspe.

Emir. Qué oigo, Cielos *ap.*

Sabina, es tan escasa mi fortuna:::

perdona, desconfio::: con rubor.

Sab. Ya lo entiendo.

Te será sospechosa mi promesa?

Dándola la mano.

Emir. No Señora, no: basta: ya no puedo

dudar de mi ventura. Solo resta, que el destino corone mis deseos, disponiendo, que unida hoy á Adriano te vea, y que la suerte de mis Reynos dependa de esta mano, que ahora labra la ventura de dos amantes tiernos.

Parte.

Sab. No es tanta mi virtud, que vuestra dicha

me inspire tan hidalgo sentimiento. Quién sabe, si alejando del Oronte tu hermosura, que es hoy el mayor riesgo

de mi ventura, cobrará en el César su antiguo amor aquel primer incendio?

Si falta la materia combustible que antes le alimentaba, cede el fuego mas voraz, y aun el rio caudaloso viene á secarse al fin en el momento que desvian sus aguas de la fuente á quien debió su origen: si: el mas tierno

el mas constante amor, viene á entibiarse

en perdiendo de vista el dulce obgeto, y esta esperanza á proteger me mueve la causa de Emirena. Yo resuelvo

ver á Mario::-

ESCENA III.

Sabina, y Adriano.

Adr. Mi bien, dulce Emirena::-

Qué veo? *Queriendo volverse.*

Sab. Quieres, alma, tu desprecio

Con languidez.

mas claro ya? Traydor amante, espera, y ya que de mudable y de perverso hagas alarde; no grosero ultrajes mi persona, faltando á los respetos de una muger (ah falso!) de mi sangre.

Adr. No me atrevo á mirarla. *Con rubor.*

Sab.

Sab. Oye un momento

tan solo, y luego parte, si quisieres,
en busca de tu bien.

Adr. Pues crees:::- Cielos!

Ay Sabina! *Con ternura.*

Sab. Suspiras? Quién pensara,
Númenes, que el honor de nuestro
Imperio,

el héroe aquel, cuya virtud excelsa
canta con gloria el Tiber, el recreo,
y la dulce esperanza de su tierna
y constante Sabina, en un momento
de la fe que juró se olvidaría?

Es posible? Dí, quién mudó tu afecto
por mi desgracia? Acaso:::-

Adr. Dexa, dexa

reconvenciones ágras, y que tengo
por inútiles ya: no por desaire
recibas mi franqueza. Yo confieso,
que me confunde tu presencia, tanto
como me fué agradable en otro
tiempo.

Llámame infiel, perjuro, y quanto
quieras:

mírame con horror, yo lo merezco:
insúltame; de mi traicion te ofende:
pide venganza contra mí á los Cielos,
razon tienes, y yo te doy licencia.
Tu mérito, Sabina, nuestro tierno
y venturoso amor, las mil promesas
que hice de serte fiel, los descon-
suelos,

las ansias que me debes, los favores
y lágrimas amantes que te debo,
tu singular constancia:::- Todo, todo
en mi triste memoria existe impreso,
pero ya no soy mío, lo conozco,
y lo confieso con rubor. Atento
á evitar de esta Escena repugnante
los forzosos y amargos sentimientos,
hice quanto podia hacer un hombre
que te amaba: testigos son los Cielos.
Pero todo fué inútil: otra fuerza
superior decretó con dulce imperio
que te olvidara, y resistíme en vano.
Si aspiras á vengar mi desacierto,
he aquí pecho y puñal, no te detengas,

hiere, que á tus rigores me sujeto:
y si arrancar esta imperial diadema
de mi frente deseas, desde luego
la pondré yo á tus pies, y oxála el
alma

darte pudiera, quien te dá el Imperio.

Sab. Esa solo deseo.

Adr. Ya fué tuya,
y tan leal (máteme amor si miento)
que no hubo una beldad que me
debiese,

ni una tibia mirada en mucho tiempo.

Sab. Pero al fin:::- estrechemos su
baxeza. *ap.*

Adr. Pero al fin:::- qué sé yo : mas
satisfecho

de mi virtud, que lo que estar de-
biera,

me burlé del peligro, arrostré el
riesgo,

y sorprendíome amor. Me hallaba
un día

reposando en el dulce y grato seno
de la victoria, aun llena el alma toda
del bélico furor de Marte fiero,
quando á los ojos míos descuidados
mis vencedoras tropas conduxeron
la belléza mayor que la Asia tuvo.
Vila arrastrar los injuriosos hierros:
vila implorar humilde mi clemencia:
vila á mis pies llorando (oh nunca
Cielos,

ella llorara, donde yo la viese)
vila fixar en fin sus hechiceros
ojos en mí de un modo:::- tan sen-
sible:::-

ah, si la vieras tú en aquel momento,
tú misma, si, tú misma disculparas
la torpe ingratitud que estás sin-
tiendo.

Sab. Basta, pérfido, basta, que es ya
ultraje

de mi amor, tan indigno sufri-
miento.

Tú faltar á la fe que me juraste?

Tú olvidarme por otra? Me estre-
mezco.

Tú

Tú decírmelo á mí, sin confundirte,
y aun querer (esto solo, ingrato, esto
mas que todo me indigna) que yo
misma

disculpe tu delito? Santo Cielo,
de quién se oyó jamas tal tiranía?
quién sufrió tal lináge de tormento?
Bárbaro, infiel, perjuro::-

Adr. Verdad santa,
qué poder es el tuyo! Con qué im-
perio
penetras hasta el alma mas per-
versa. *ap.*

Sab. Pero qué digo? ah; solo mis zelos
me inspiraron, Señor, quejas tan
ágrimas
de vuestro proceder: de amor na-
cieron,

y merecen disculpa: arrebatada,
creí hablar á mi amante, no á mi
dueño,

mi Rey, y mi Señor, y hácia el
lenguage

que aprendió, se fué el labio. Ya
depuesto

mi engaño, depondré tambien mi
queja,

y abrazaré sumisa el gusto vuestro.

Firme, inconstante, fiel ó desdeñoso
será siempre Adriano el tierno obgeto
de Sabina: y quién sabe, si algun día
mis tiernas ansias mudarán su pecho,
y volverá á mirarse en unos ojos

que su delicia en otro tiempo fueron?
Pero ay, que antes que llegue esa
ventura

me acabará el dolor de verme agena.
Retirándose llorosa algunos pasos.

ESCENA IV.

Sabina, Adriano, y Aquilio retirado.

Aquil. Aquí Sabina!

Adr. Oh lágrimas hermosas,
Mirándola con ternura.

quién ha de resistiros?

Aquil. Oid, zelos,
que puede importar mucho.

Adr. Enamorada

firme, celosa, (ay alma!) y persuadiendo
con lágrimas: no es dable que yo pueda
serla mas tiempo ingrato. No, no debo
posponer á un delirio, aquella llama
que ardió en mi corazon con tanto es-
fuerzo

antes de ver los ojos de Emirena.
Triunfe Sabina del reciente imperio
que estos se han adquirido, aunque lo
llote

el corazon. Mi gloria, mi concepto,
la razon, su virtud, y su fineza
lo decretan así. No mas, obgeto.

Llegándose á Sabina.

digno de mi ternura; tú has vencido.
Ya es Adriano tuyo: si, ya vuelvo
á mi centro primero.

Sabin. Dioses! *regoci.*

Aquil. Males

qué he oído?

Sab. Ay Cesar! *con desconfianza.*

Adr. Qué?

Sab. Podré creerlo?

Adr. El alma lo asegura.

Sab. Si á ver vuelves
á Emirena, tal vez::-

Aquil. Pronto remedio
necesita este mal.

Adr. Nada receles.

Salin. Es hermosa, y si llora::-

Adr. Lo he resuelto,
y vencerme sabré.

Aquil. Llegar desea. *salien.*

Emirena á tus pies: hace ya tiempo
que espera tu permiso.

Sab. La experiencia
al oido Adriano.

de tu amor ha llegado.

Adr. Ya no debo
verla mas, si la fee de mi Sabina
he de premiar, Aquilio.

Sab. Oh dulce acento!

Aquil. Pues qué pide Emirena, que se
oponga

de Sabina el amor? Yo no contemplo,
porque se ha de negar á esa infelice,
lo que á nadie negais.

Adr.

Adr. Todo lo veo,

pero:--

(Reyna,

Aquil. Aunque esclava hoy; nació á ser
y no es digna, Señor, de tal desprecio.

Sab. Ah iniquo!

Adr. A la verdad, Sabina hermosa (nos.
que es sobrado rigor, no oírla al me-

Sab. No hay duda, sí; es muy justo, no
se enoje

Emirena tal vez:--

Adr. Si aun tienes celos,

no la veré: mas::: temo:-- dí, qué
hicieras

tú en este caso?

Sab. No pedir consejo.

Adr. Buelvase pues, sin verme. á *Aquil.*

Aquil. Pobre jóven!

Adr. Qué dices?

Aquil. Alma albricias. (tir.

Que obedezco. en acto de par-

Adr. Dirásla:--Ay Emirena, podré dar-
te

tal pesar? tal traicion haré á mi afecto?

Aquil. Qué he de decirla? á *Adr.*

Adr. Nada, que la aguardo

en mi quarto, despues.

Sab. Qué escucho Cielos! *Sorpren.*

Adr. No puedo mas conmigo. De mi boca
es mejor que lo sepa, y mas no habiendo
riesgo alguno en oírla.

Aquil. Astucia mia
triunfamos. apart.

Sab. Oyela, sí, dá un consuelo
á sus amargas penas, fementido,
que yo desengañada de que fueron
aleves tús promesas, de tí, y de ellas
huiré para siempre. part.

Adr. Aguarda::: en celos
arde Sabina, Aquilio, y yo quisiera::
que se yo: reconozco lo que debo
á su amor, y á mi gloria: reconozco
quanto será infeliz, si á perder llego
los ojos de Emirena. Aun tiempo mis-
mo

gloria y amor me llaman, y no cierto
á qual seguir.

Aquil. Señor, nada interesa.

mas que tu gusto.

Adr. Y que, consentir debo (do
que la Asia, Roma, y aun el mundo to-
que hoy admira mis triunfos, diga lue-
go

que fuí tan debil::

Aquil. Quién habrá inocente
si el amor es delito? tu sosiego:: (jas

Adri. Ay Aquilio, á mi gusto me aconse-
pero el honor reprueba tu consejo.
Cómo he de castigar en otro, el crimen
si yo los míos sin enmienda dexo?
No mas ver á Emirena, á templar corro
de mi tierra Sabina el justo ceño.

Sepa vencerse á sí, quien venció la Asia.

Débame libertad, débame el Reyno
esa hermosura; pero Aquilio, al punto
al punto vaya de mi vista lexos.

Ordenaselo así: corre.

Aquil. Yá parto.

Adr. No; aguarda: pése á mí, que poco
esfuerzo

siento en el corazon, para esta hazaña!

Apartarla de mí? Cruél decreto!

Pudiera yo vivir? Es imposible.

Ven Aquilio: veámosla, y provemos
este costoso triunfo. Eternos dioses
si os ofende la culpa, haced hoy menos
áspera la virtud, ó dad al hombre.

para vencerse el necesario esfuerzo. p.
*Jardin delicioso, con una calle de árboles
esposos que conduce á la derecha. En el
Centro la fuente de Venus, y á la izquierda
la casa de las Fieras.*

ESCENA V.

Emirena, y poco despues Sabina y Far-
naspe.

Emir. Quanto tarda Farnaspe, y quantas
ansias

me cuesta su tardanza! Aun no le veo.
Sí querria Sabina vengativa
adular mis amargos sentimientos
con tal dulce esperanza? No es posible
en un animo real. Si Mario, el riesgo
habrá tal vez temido? No descanso.
Si les sorprendieran ya viniendo

ácia

ácia este sitio? Anadie se descubre.

¡Oh que tristes imágenes, de nuevo me ofrece mi agitada fantasía!

Me parece:::- no hay duda, ruido siento:

Si será él?

Sabin. Farnaspe, he allí tu Esposa.

Farn. Dulce Emirena. *transport. de gozo*

Emir. Principe; aun no creo mi ventura.

Farn. Ya amada gloria mia:::-

Sabi. Dexad esas ternezas para luego, y aprovechad este feliz instante que la suerte os concede. Estrecha el tiempo

y conviene salvaros. Esa calle que forman tantos árboles espesos, y unidos entre sí, será el camino mas seguro: seguidle sin recelo, pues por su llobieguez, nadie acostumbra

á transitar Por él. De aqui no lejos se divide en dos sendas: la derecha guía al Rio, y la izquierda sale al regío

Palacio de Adriano: huid pues de ésta con cuidado y amor, hoy á mis ruegos, conduzca vuestros pasos.

Emir. Generosa y clemente Romana:::-

Farn. Digno exemplo de virtud y heroísmo:::-

Sabi. No, no amigos la ocasion venturosa malogremos. Partid ya:

Farn. Mas decid, con qué podria pagar esta fineza?

Sabi. Con que al menos alguna vez, os acordeis de una alma sensible a vuestro amor: con que un momento

compadezcáis el mio, y á los dioses diejais algun dia vuestros tiernos votos, en su favor. Solo esto, amigos dexará compensado el dulce obsequio que ofrezco á vuestras penas. Idos, idos,

y la fortuna os guie.

Emir. El Santo Cielo

vuestros amantes ansias favorezca, y en vinculo agradable, en lazo estrecho con Adriano:::-

Sab. A Dios, que siento ruido. *parte.*

ESCENA VI.

Emirena, Farnaspe y poco despues Osroa, de Romano.

Farn. Si nos ven, Emirena, en grave riesgo queda mi vida.

Emir. A nadie se descubre en todo este recinto. Tu recelo calma, Principe mio, que los dioses son en nuestro favor.

Farn. Asi lo creo.

Emir. Oh colmen mi ventura, en este dia, de mi Padre, el destino, descubriendo á su tierna Emirena,

Farn. Yo ese gusto te daré, amado bien.

Emir. Qué dices? luego le sabes tú?

Farn. Si esposa, pero ahora conviene que de aqui nos alejemos: sigueme.

Emir. Sacros Númenes, cambiasteis en placer, nuestro amargo desconsuelo. *Caminan ácia el bosque, y se suspenden.*

Farn. Espera: nó has oído:::-

Emir. Sí, y mas cerca cada vez, se oye el ruido.

Farn. Mientras veo quien le causa, retirate á esa parte.

Emir. Dioses, quién podrá ser?

Farn. No lo penetro: mas dexa tu temor.

Emir. Cruel fortuna, se propicia una vez á mis deseos. *Se oculta ácia la izquierda del jardín.*

Os. Parte á cantar los triunfos de tu Roma á las tristes estancias del Crebo.

Farn. Qué miro? dónde vais en ese traje, y de ese modo?

Osr. Amigo, ya nos yemos.

libres de ese tirano: Ya respiro
sin el pasado susto. He aquí el acero
Mostrandole el Estoque ensangrentado.
venturoso, aun teñido con su sangre,
que de Adriano ha traspasado el pecho.

Farn. Cómo :: : dioses! *Sorp.*

Osr. Solía el vil Romano
pasar por ese bosque con secreto
al quarto de Emirena: Un confidente,
á quien, del oro el eloquente ruego,
hizo de mi faccion, me dió el aviso:
al paso le aguarde, y logre mi intento
dando tragico término á sus dias.

Farn. Y cómo entre las sombras conocerlo
pudisteis?

Osr. Como astuto el confidente,
al llegar al parage en que mi fiero
rencor le esperaba, fingió acaso
tropezar y caer, segun de acuerdo
habiamos quedado, y esta seña
libró su vida: y me mostró el obgeto
que mis iras buscaban.

Emir. Qué Romano (terio
será, el que hablando el tá, con tal mis-
con Farnaspe? En la mano (no me en-
gaño)

ensangrentado trahe (oh Dios) su acero.
Si desde aquí pudiera ver su rostro

Farn. Señor; y qué partido tomaremos.
para huir el peligro que nos cerca?
Si por la misma senda resolvemos
salir ácia el Orontes, es muy facil
que divulgado ya todo el suceso,
haya acudido gente: y si seguimos
la que al Palacio da, los pasos veo,
tomados por la guardia.

Osr. Ese embarazo
le vencerá el valor.

Farn. Tan gran despecho
quedará para el último recurso.
Pero antes veré yo, si á menos riesgo
nos podemos salvar.

Osr. No te adventures.

Farn. No haré: Vos ocultaos en lo espeso
de ese lado del bosque, y esperadme.

Osr. Si tardas, parto solo.

Se oculta á la derecha.

Farn. Al punto vuelvo.

tal vez el caso aún no será sabido,
y podremos huir, si: yo resuelvo,
verlo por mí.

ESCENA VII.

Farnaspe en acto de partir por el bosque.
Adriano, Aquilio y guardias con espada
en mano que salen por él, Osroa y Emire-
na, retirados.

Adr. Traidor espera.

Farn. Dioses.

Adr. Tomad todos los pasos.

A la guardia que se distribuye por el
jardin.

Farn. Soy de yelo.

Emir. Qué inesperado acaso!

Adr. Qué, te asombras

de verme vivo, ingrato? Yo lo creo.

Mira como castigan hoy los dioses

con un engaño, un criminal exceso.

Tú, Traidor, quedarias persuadido

que de Adriano atravesaste el pecho

como lo declaraste al tiempo mismo

de descargar el golpe. No perverso,

que el Cielo mismo defendió su vida,

de tu alevoso brazo.

Emir. Descubiertó

está el enigma: el reo es el Romano.

que allí se oculta.

Adr. Tiembblas?

Farn. Qué haré Cielos?

Adr. Confundete, bastante causa tienes,

pues no se como del terrible peso

de tu culpa, oprimida, no trastorna

todos sus consistentes ligamentos

la tierra, sepultándote piadosa

en sus profundos cabernosos senos.

Farn. Qué le diré?

Adr. Dí pérfido, qué mano

tus prisiones limó? qué alevé obgeto

te trajo aquí suspiras? enmudeces?

No te ha dexado la sorpresa aliento

aun para disculparte?

Emir. Porque, dioses;

enmudece Farnaspe?

Adr. Habla.

Fas-

Far. No puedo.

Adr. Ese mismo silencio te condena.

Far. No siempre, gran Señor, viene á ser reo

el que no se disculpa.

Emir. Yo no alcanzo

este enigma.

ap.

Adr. Mas llega á parecerlo;

y bastan los indicios que te culpan

autorizados hoy por tu silencio,

para que mi justicia te condene.

Emir. Aconsejadme, Dioses.

Adr. Ola, luego

se conduzca ese Partho, á la mas triste prision de la Ciudad.

Aquilio le quita la espada, y la guardia

llega á asegurarle á tiempo que sale Emi-

rena

Emir. Qué oigo? Teneos, (ente

que si es propia mansion del delinqu-

Farnaspe no lo es.

Adr. Esto mas zelos?

Farn. Qué haceis señora?

Adr. Tú aquí con Farnaspe? á *Emir.*

tú en su defensa?

Emir. Acuerdate un momento(seas,

que eres Cesar, y Juez, si obrar de-

sin ultrajar tu gloria. Yo defendo

una vida inocente, y á eso solo

los Numenes aquí me conduxeron.

Esos copados árboles ocultan

al perfido:::-

Farn. Callad.

Emir. Callar no debo.

Farn. Dioses, ella no sabe que *ap.*

es su padre.

(trumento

Emir. Yo misma ví en su mano, el ins-

de su crimen teñido en fresca sangre.

Adr. Teagita demasiado, ingrata, el riesgo

de ese traydor, para que yo te crea.

Qual te asusta el cuchillo, que su cuello

amenazando está! si: atribulada

ni aun hallas un engaño que á lo me-

nos.

tenga apariencia de verdad.

Emir. Ofendes

con esa duda, un corazon sincero,

que te ha hablado por mí. Pero así Au-
gusto (to

haré que la verdad brille en mi aspec-

En acto de partir á donde está Osroa.

Farn. Tente bien mio.

Adr. En nuevas iras ardo.

ap.

Emir. Qué intentas?

Farn. Que conozcas ya lo adverso

del destino, y sus leyes reverencias.

En diferir tal vez por un momento

mi castigo, qué logras, sino es dable

ocultar mi delito por mas tiempo,

y le haces tú mayor si me disculpas?

dexa, Emirena, que aparezca reo

si en mi gloria interesas.

Adr. Alma indigna,

de tu crimen alarde estás haciendo?

Farn. Tanto, que aunque pudiera sin-

cerarme

no lo haria, Señor, yo lo confieso.

Emir. Príncipe, esposo y dueño mio:::-

Adr. Qué oigo!

Emir. Por qué contra una vida que yo

aprecio

mas que la mia á conspirar te atreves?

No eres traidor, y quieres parecerlo?

Farn. Déxame con mi crimen, que es glo-

rioso.

Emir. Yo me confundo.

Adr. Perfida:::-

Emir. Yo tiemblo.

Adr. Engañosa, dí, es este aquel Farnaspe

que ayer desconocias? ya es tu dueño,

y tu esposo? Ah cruel! ah cautelosa!

Emir. Señor:::-

Aquil. Temo á Adriano.

Adr. En ira y zelos

se abrasa el corazon. Qué, solicitas

alucinarme aun? No falsa: he vuelto

ya del letargo en que tu pernicioso

beldad me sumergió. Ví manifestos

mi agravio y tu artificio; y si ayer fuiste

de toda mi ternura el dulce objeto,

objeto serás hoy de mis rigores,

de mis venganzas y de mis desprecios.

Superior el encanto de tus ojos,

superior á mi mismo, y al incendio

dulcísimo que ayer me deboraba,
me condené á no verte, y en los tiernos
brazos de ese alevoso te dexaba,
por no violentar tus sentimientos.
Si fué costoso triunfo, que lo diga,
el que ame como y llegase á hacerlo.
Y á esta fineza, á esta virtud tan nueva
correspondeis, tú, bárbaro queriendo
á Farnaspe.

á presurar mi muerte, y tú, alevosa,
á Emirena.

burlando la fe mia? el santo cielo
consiente tal maldad? decid, son estas
las almas generosas que esos secos
y arenosos desiertos acostumbran
á producir? obran así, perverso,
los héroes del Asia? por mi vida,
por la gloria de Roma y de su Imperio,
que á saber que eran todos tan ingratos
de tan viles, y baxos pensamientos,
no habia de dexar en su espacioso
término, ni el mas chico monumento
de su esplendor: el tosco arado haria
que ollase su grandeza, y no contento,
sembraria de sal la infame tierra
que alimentaba tan bastardos pechos.

Emir. Qué esto sufra aun hallándose inocente!

Farn. No así, Cesar, ultrajes el supremo
carácter de nobleza, y heroismo
que brilla en toda el Asia. Sus desiertos
no crían almas débiles y baxas
como has dicho: las hay tambien en ellos
grandes y generosas. Las virtudes
no han fijado, Señor, su digno asiento
en el tiber: tambien en las riberas
del Tigris, y el Eufrates residieron.
Las ardientes arenas de la Libia,
de la feliz Arabia los desiertos.
Las escarpadas rocas de la Scitia,
y de la Tracia los incultos pueblos,
produjeron mas héroes, que vasallos
puede contar vuestro Romano Imperio.
Perdona que así vuelva por la gloria
de mi patria, que un noble ser la debo,
y cumpliera muy mal, sino arriesgara
por sostenerla, hasta el postrer aliento.

Baldona enhorabuena el torpe crimen
que contra mí resulta: yo prometo
venerar las injurias que tu labio
profiera, pues sin duda comparezco
criminal á tus ojos. Soy ingrato
á tus bondades, Cesar, lo confieso:
sé, que es villana accion, con una ofensa
pagar un beneficio: bien lo veo,
y me confundo: pero el Asia toda
no ha de ser responsable de mis hechos,
ni debe denigrar su justa gloria,
de un hijo suyo el mas villano exceso.
Fuera de que estan noble y tan gloriosa
la causa, que hoy á tí me ofrece reo,
que quando las edades la supieren,
bien léjos de cubrir de oprobio eterno
el nombre de Farnaspe, dulces himnos
entonarán perpetuando el hecho.

Adr. Basta arrogante Partho, que es
culpado.

ya, tanto como tú, mi sufrimiento.
Y pues que te glorias del delito,
sufrirás el castigo mas severo.

Farn. No tan débil me creas, que me
asombre.

de la pálida muerte el triste aspecto,
que tambien en el Asia morir saben
con valor y constancia. No un momento
la execucion suspendas, pues te juro
por esos altos númenes supremos,
que me será mas dulce que la vida,
la infausta suerte que impaciente espero.

Adr. Yo, ingrato, cumpliré tus esperanzas.
Ola.

Aquil. Señor.

Emir. Deteneos.

Farn. Calla una vez, si me amas, Emirena.

Emir. Cómo, si en que yo calle está tu
riesgo?

Farn. Mira bien que te pierdes, y me
pierdes.

Adr. Qué esperais?

Emirena llega á donde está Osroa, y le
saca de la mano.

Emir. Este, Cesar, es el reo.

Osr. Es verdad.

Emir.

Emir. Qué he hecho, Dioses! padre.
traspasada de dolor.

Adr. Cómo:-- *sorprendido.*

Osroa en trage Romano! en este puesto!
Traidores, cuánto sois contra mí vida?

Osr. Solo yo de tu sangre estoy sediento.
Erré el golpe, Adriano, mas te juro
que yo lo enmendaré si vivo quedo.

Adr. Luego eres tú quien me aguardó
inclemente

en ese obscuro tránsito, dispuesto
á asesinarme?

Osr. Si.

Adr. Cómo, cobardé,
no aprovechaste aquel feliz momento
en que yo tropezé y caí.

Osr. Rencores,
he aquí el error que malogró mi in-
tento. *ap.*

Como tu confidente, debió solo
caer, para mostrarme el triste objeto
de mi furor; mas como tú caiste,
creí matarte á tí, y á él solo he muerto.

Adr. Furias exála el alma.

Emir. Oh negro día! *(mio)*

Adr. Y era este, ingrato, el horroso pre-
debido á mi piedad? Vencido, roto
prófugo, sin vasallos y sin reyno,
con la amistad de Roma te convidó:--

Osr. Amistad! santo nombre, nombre
tierno

con que la tiranía se disfraza,
y con el qual labrais el duro yerro
que ha de oprimir despues á vuestro
amigo.

Sí, engañoso Romano: el escarmiento
me enseñó á detestar esa aparente
grandeza de alma: sé, que es un pretexto
para imprimir en nuestra altiva frente
la ignominiosa S, el triste sello

de la vil servidumbre; y yo, mas ántes
libre muerte, que vida esclava, quiero.

Adr. Defendemos al justo.

Osr. Y quién os hizo
sus protectores? disfrutais asiento
en las supremas juntas de los dioses,
ó sois los dioses mismos?

Adr. A lo ménos
cuidamos imitarlos.

Osr. Sí, embidiando
la dicha agena, y usurpando fieros
reynos y haciendas: siendo esclavos
tristes

del amor: opresores bien horrendos
de la inocencia: infames seductores
del candor y virtud; y en fin:--

Adr. Soberbio,
loco, sella ya el labio, que es afrenta
de mi persona tanto sufrimiento.

Ola.

Aquil. Señor.

Adr. Conduzcanse al instante
á distintas prisiones esos reos.

Farn. Y á Emirena tambien?

Adr. Pues no es culpada?

Farn. En qué, Señor?

Adr. Ella lo sabe.

Farn. Cielos! *(dos)*

Adr. Pues todos me ofendisteis, sufrid to-
de la justicia mia los efectos. *parte.*

Emir. Oh dulce padre! cuánto me confunde
vuestra presencia hoy! Si, me estre-
mezo

al acordar que aquesta misma mano
os conduce á la muerte.

Farn. Infausto hierro. *(tancia.)*

Osr. Parte, y no probar quieras mi cons-

Emir. Ah con cuánta razon de mí severo
os retirais! y cuánto mas amargo
quela muerte, es, Señor, para mi tierno
corazon. Mas si acaso espiar pueden
mis lágrimas el crimen, yo os ofrezco:--
postrándose á sus pies.

Osr. Alza, yo te perdono, pero parte,
no aflijas mas con ese llanto acerbo
á tu misero padre. En la constancia
le imita, y á Dios ya.

Emir. Oh, á Dios funesto!

Farn. Triste separacion!

Emir. Oh, no mi culpa
recuerde yo si tu piedad recuerdo!

Farn. Dulce Emirena.

Emir. Príncipe.

Farn. Qué angustia!

Aquil.

Aquil. Vamos, Señora.

Emir. Bárbaro momento.

Farn. Así te vas?

Emir. Qué quieres?

Farn. Que te acuerdes

alguna vez del triste desconsuelo,

con que dexas á una alma que te adora.

Emir. No olvides tú mi bien, el que yo llevo.

Farn. A Dios (oh quién el alma despidiera primero que este á Dios!

Emir. Del hondo pecho

salirse el alma entre mi llanto quiere.

A Dios una y mil veces.

Farn. Justos cielos,

si habiais de romperle tristemente,

por qué formasteis lazo tan estrecho?

Aquilio, y una parte de la guardia con *Emirena* por la derecha, y otra con *Farnaspe* por la izquierda.

Osr. Desgraciados amantes, infelices

víctimas del encono que profeso

á la orgullosa Roma, vuestra suerte

mas que la mia; estos instantes siento.

Pero no mi pesar al rostro salga,

tenga ese vil tirano el dolor fiero

de verme superior á mi desgracia,

y aun á su misma ira. Sí, imitemos

al rabioso leon, que herido acaso

de aguda flecha ó penetrante acero,

al paso que la vida le abandona,

saca del alma el ya postrer aliento,

y haciendo resonar el bosque todo

á espantosos rugidos, logra al ménos

que aun viéndole espirar, tema sus iras

la misma aleve mano que le ha muerto.

parte conducido por la guardia.

ACTO TERCERO.

Gabinete de Adriano con sillas.

ESCENA I.

Aquilio y Sabina.

Aquil. Ayúdame fortuna esta vez sola, pues pende en ello la ventura mia. *ap.*

Este es el orden.

á Sabina.

Sab. Temerario el Cesar,

se atreve á desterrarme de su vista con tanto oprobio mio? A tal extremo llega su ceguedad y su injusticia? qué culpa se halla en mí?

Aquil. La de haber dado libertad á Farnaspe.

Sab. Hay quién tal diga!

Aquil. Aseguran que os vieron conducirle hasta el mismo Jardin.

Sab. Qué oigo desdichas!

Aquil. Y aunque Mario y su guardia después,

que nadie en la prision entró este dia, solo por el indicio que resulta

contra vos, como cómplice se os mira.

Y Adriano ha hecho ver palpablemente

que disteis un exemplo de perfidia

é inobediencia á todos, quebrantando

sus decretos. En fin, bella Sabina,

exágera de modo vuestro crimen,

que todos han creído que os castiga

con sobrada piedad.

Sab. No hay accion mala

si el objeto no lo es. Yo pretendia

ganar su corazon, solicitando

su gloria, y protegiendo á mi enemiga

de su dolor y llanto lastimada.

Aquil. La conozco, y tal vez, como vos misma,

lo ha conocido el Cesar: mas le importa

cohonestar de algun modo su perfidia.

Sab. Véame, pues, y se confunda al verme.

Aquil. Perdonad, me mandó que no os permita.

verle mas.

Sab. Cómo:- Aquilio, estás soñando?

Aquil. No Señora.

Sab. Y mi honor consentiria

ultraje tal? Se engaña el fementido

si tanto abatimiento en mí imagina.

Yo le he de ver, y él sufrirá la pena

de oír mi queja, sí.

Aquil. Qué mal, Sabina,

conoceis á Adriano! astucias, todo *ap.*

se pierde sino logro disuadirla.

Es sobrado violento, y no consiente

reconvenciones agrias. Lograriais

nue-

nuevos desaires, nuevos desengaños solamente. Seguid en este día mi consejo: las naves están prontas, partid, y triunfareis de su injusticia con solo obedecer. A cargo mio queda el hacerle ver:--

Sab. Pues mi enemiga suerte lo quiere así, ya cedo Aquilio: partiré; pero dile:-- (de tí fia mi doloreste alivio) dile:-- (Ah, y como si yo llegara á verle lo diria!) que es un traidor, un péfido, un aleve, un mudable:-- mas no, no tal le digas: dile solo, que ya su cruel orden obedece su tierna y fiel Sabina, y que parte á morir. Repara, Aquilio, si exála algun suspiro esa alma iniqua al oirlo, y dispon que yo lo sepa, porque en tan triste y mísera partida este corto consuelo lleve al ménos mi desairado amor, y mis desdichas. *parte.*

ESCENA II.

Aquilio, y poco despues Adriano.

Aquil. Si ella parte, mi pena y mis deseos tendrán el dulce término á que aspiran. No corazon de tu dolor te quejes al contemplarla ausente, pues estriva tal vez en eso solo, tu sosiego, su dulce calma, y la ventura mia.

Adr. Y bien, dí, qué lograste?

Aquil. Un desengaño de su entereza, y (no se si te diga) que un recelo:--

Adr. De qué?

Aquil. De su inconstancia.

Atento á obedecerte hablé á Sabina, me valí de razones poderosas para estorbar su marcha intempestiva, pero en vano, Señor; está resuelta, y dispuesta á partir en este día por no ofenderte mas con su presencia: pretexto con que quiere su malicia dorar esta mudanza.

Adr. Pues tú crees:--

Aquil. Si la tibieza de su queja misma me paro á exáminar, hallo un indicio

de nuevo amor.

Adr. Qué dices! y cabria:-- vamos á verla.

Aquil. Cómo:-- (soy perdido) tal resuelves?

Adr. Sí, Aquilio, esa mentida moderacion me hace temer:--

Aquil. Adriano puede temer de una muger la ira?

Adr. No.

Aquil. Vas á unirte á ella?

Adr. Unirme? unirme?

Aquil. Pues por qué detenerla solicitas?

Adr. Ni yo lo sé: Emirena:-- ya tú viste su traicion: ella adora fementida á ese Príncipe Partho.

Aquil. Nada importa. ella teme el enojo de Sabina, y por eso, tal vez no corresponde á tus amantes ansias. Si este día la ve alejar de tí, no tan ingrata será para tu amor.

Adr. Tal imaginas? *regocijado.*

Aquil. Si Señor; ademas de que una leve insinuacion del padre, hará que la hija corresponda á Adriano; y Osroa es fuerza

que dé á precio de un trono, y de una vida

la mano que deséas.

Adr. Ya he mandado, Aquilio, que le traigan á mi vista, con esa idea.

Aquil. Pues por qué tan presto *suspira Adriano.*

te veo arrepentir? de qué suspiras?

Adr. Tú ignoras el contraste de pasiones que al corazon en este instante agitan. Roma, el Senado, mi pasion, mi gloria,

Emirena, su amor, mi fe, Sabina, todos me llaman, quiero oir á todos; cómo es dable? resuelvo, y bien aprisa me vuelvo á arrepentir, de modo

Aquilio, que ofuscada mi triste fantasia elige lo peor.

Aquil.

Aquil. Pues no á tí mismo
te atormentas así. Pone tu dicha,
la hermosura que adoras en tus
brazos,
y temes estrecharla, qual codicias,
en tu amoroso seno? No, yo parto
á conducir al padre. *var.*

Adr. Aquilio, mira:::-
Pero al fin, qué podrá decir el mundo?
No tengo en su hermosura peregrina
harta disculpa? Acaso, es concedido
á algun mortal el verla y no rendir-
dirla
el corazon? Es por ventura, Adriano,
insensible? La fuerza conocida
de unos ojos, que al mismo amor rin-
dieran,
no ha de triunfar de mí? La gloria
mia
cifraré en poseer ese milagro
de perfecciones. Todos solicitan
impunemente á su dolor alivio
y en mí ha de ser delito, ó igno-
minia?
No mas: busqué mi alivio en Emi-
rena,
pues solo en ella mi dolor le cifra.

ESCENA III.

*Adriano, Aquilio y Osroa con prisiones,
custodiado por la guardia.*

Osr. Qué quieres, Cesar?

Adr. Sientate y escucha,
y si la paz acaso desestimas,
á lo ménos dá treguas á tu enojo.

Sé sienta. (dóse)

Osr. Sé breve, ó no te escucho. *sentan-*

Aquil. Qué osadia! *ap. (to.*

Adr. Osroa, todo en el mundo está suge-
rá la mudanza: todo finaliza:
y fuera bien extraño, que tan solo
fuese eterna en nosotros la ogeriza,
que reciprocamente nos guardamos.
La paz es al vencido, tan precisa,
como útil al que vence; y ya notiene
materia que la anime, nuestra ira,

pues á mí me concede tanto el Cielo
y la fortuna tanto á tí te quita,
que ya, ni que vencer á mí me dexa,
ni que perder á tí.

Osr. Mal lo imaginas, *(do-*
que á mí me dexa el odio que te guar-

Aquil. Qué fiera obstinacion!

Adr. Tú te glorias

de un bien que poseído, despedaza
al poseedor. En fin, recapacita
que eres tan dueño tú, de mi descanso,
como yo de tu dicha ó tu desdi-
cha,

porque sabio el destino, de manera
dispone los sucesos de la vida, *(do*
que el que mayor poder goza en el mun-
do mas humilde y pobre necesita.

Con que lo mande yo, libre, y Rey
eres;

con que tu quieras, Emirena es mia;
enmendar tu fortuna está en mi mano
y está en la tuya asegurar mi dicha:
usemos pues los dos, en este instante,
del poder que en nosotros depositan
los acasos: recibe de mi un trono,
y dame tú la mano de tu hija.

Aquil. De su labio depende mi for-
tuna. *ap.*

Adr. Osroa, qué te suspende? qué te
admira?

Osr. Podré creer tan debil á Adriano?

Adr. Si el que Adriano á una beldad se
rinda,

llamas debilidad, debil es, Osroa,
y tanto, que si unirse en este dia
á Emirena, no logra en tierno lazo,
ni quiere bien, ni quiere paz, ni aun
vida.

Osr. Manda llamarla pues.

Adr. La oferta admities?

Osr. Ya lo verás.

Adr. Ay Osroa! calmarías
mi espíritu agitado. Parte Aquilio,
venga Emirena.

Aquil. Ya Sabina es mia. *parte.*

Adr. Hoy á vivir empiezo. Ola, esos
yerros

de

de sus manos quitad.
Uno de la guardia vá á quitar á Osroa
las cadenas, y el se excusa.

Osroa. Osroa lo estima,
pero no es tiempo aun.

Adr. Así lo quiero.
Obedeced.

Osr. Partid. *Reusándolo con fiereza.*

Adr. Verte querria
sin el peso injurioso que te oprime.

Osr. A mí me adula, no me martiriza.

Adr. No viene aun. *con impaciencia.*

Osr. Igual á tu impaciencia
á ser hoy viene la impaciencia mia.

Adr. Voy en su busca. *levantándose.*

Osr. Tente, que ya llega.

ESCENA IV.

Osroa, Adriano, Emirena y Aquilio.

Adr. Bellísima Emirena.
saliendo á encontrarla.

Osr. Convendria,
que yo la hable primero
al oido á Adriano.

Adr. Bien discurre.

Emir. Qué influirá en los dos tal ar-
monia! *ap.*

Osr. Aun en el seno amargo de las mu-
chas
desgracias que nos acercan hallo, hija,
una grande ventura: lo creyeras?
tu hermosura nos vuelve, quanto
impia

la suerte nos quitó!

Emir. Cómo:- dignaos,
señor, de declarar aqueste enigma.

Adr. Yo le declararé.

Osr. Dexa que acabe.

Adr. Enhorabuena.

Emir. Qué será desdichas! *ap.*

Osr. Dió tal poder el Cielo á tu her-
mosura,

que nunc vencedor por tí suspira,
por tí lo hallana todo, por tí, amante
al desayre se ariesga; por tí humilla
la Romana altivez, hasta el extremo
de mendigar tu mano y tus carcias:

por tí me ofrece libertad y trono,
y en fin.

Adr. Tú sola puedes:-

Emir. Bien temia! *ap.*

Osr. Aun no acabé, Adriano. Yo qui-
siera

(oyeme atentamente, amada hija,
y graba en lo mas íntimo del alma,
este postrer precepto, que te dicta,
tu triste padre.) Yo quisiera (atiende)
dexar en tí, muriendo, mi ogeriza,
mi mano vengadora: Si, aborrece,
y detesta, Emirena, mientras vivas,
al tirano, con todo aquel exceso,
que yo le aborrecí. Sea esta ira,
este inmortal rencor, lo que tu he-
redes.

de mí al morir.
Adr. Qué dices? tú deliras á Osr.

Osr. Cioga obedece, este precepto mio.
á Emirena.

jamas con él te enlacen; hija mia,
el interes; ni miedo. Cifra siempre
tu gloria en verle que por tí suspira,
y tus desprecios llora.

Adr. Me ha burlado *ap.*

Aquil. Mi esperanza murió: perdí á Sa-
bina. *ap.*

Osr. Ya he concluido, Cesar, habla
ahora.

Adr. Furias tan solo el corazon respira
Bárbaro, loco, fatuo, temerario,
obstinado y feroz, dime, no miras,
que así enciendes la llama abrasa-
dora
que te ha de consumir?

Emir. Llegó su ruina. *ap.*

Osr. Enojate, soberbio, que tu enojo
es mi triunfo mayor.

Aquil. Fiera ogeriza.

Adr. Oh qué implacable encono! qué
veneno.

vierten sus ojos! Ni las furias mismas
ostentan mas feroz y horrible aspecto
quando de Marte el corazon agitan,
te engendraron del Caucasos las
rocas,

ó te dieron las fieras de la Libia
por primer alimento su ponzoña?
eres sensible? No: bien se examina.
Verguenza tengo, por los altos dioses,
de haber hoy descendido á la igno-

minia
del ofrecer mi amistad, y mi alianza
á tan odioso monstruo. Pero vista
tu loca obstinacion, será el castigo
tan grande, como fué la piedad mia.

Osr. Como yo te aborrezca hasta la
muerte,
tan dulce me será como la vida.

Adr. Llevadle, que me remo yo á mi
mismo,
si un punto mas le tengo ya á mi
vista. vase.

Emir. Ay padre mio! llorosa.

Osr. No con ese llanto,
vergonzoso, á mi llegues, que las hijas
de Osroa, saben morir, llorar no saben.

Emi. Tu triste fin, mis lagrimas excita.

Osr. O muéstrate insensible, ó parte.

Emir. Dioses.

Osr. Dime, estás libre ó presa?

Emir. Conocida

mi inocencia, y tambien la de Far-
naspe,

libre nos dexa el Cesar.

Osr. Pues mi dicha
está en tu mano. Si á mas á tu padre,
en este triste estado lo acredita,
librandome de la ira del tirano.

Emir. Cómo, señor? Aquí teneis mi
vida,
si basto á redimiros.

Osr. El aspecto
de la muerte, me es grato, hija que-
rida,

pero me asombra, yo te lo confieso,
la ignominia de un triunfo. Roma
altiva

vea á Osroa muerto, pero no ti-
rando

del carro de su gloria. Tu podias,
librarme de esa afrenta.

Emir. Cómo?

Osr. Dando
á tu padre un puñal, ó alguna ac-
tiva

ponzoña, con que él mismo heroica-
mente

triunfe á un tiempo de sí, y de sus
desdichas.

Emir. Qué decis? Me hororizo! y esta
prueba,

de mi amor exígis! Mi mano misma
terminar unos días:-- ni aun decirlo
me permite el horror.

Osr. Mucho mas digna
te creí de tu origen. Solo el nombre
de muerte te acobarda, y te intimida?
eh, parte y nunca digas, que te ha
dado

Osroa, ese debil ser.

Emir. Ah, señor!
queriendo abrazar sus rodillas.

Osr. Quita. Separándola con enojo.
Vamos, Romanos. Con mayor cons-
tancia

debió mirar la muerte una hijamia.
Parte con Aquilio y la guardia.

ESCENA V.

Emirena y despues Farnaspe.

Emir. Infeliz Emirena, qué recurso
te queda ya pará salvar la vida
de tu misero padre? Aunque quisiera
forzar mi corazon por redimirla,
cómo amaré á Adriano, sin que
ofenda

el respeto de un padre, que me in-
tima

que le aborrezca siempre? Pero aun
quando

na lo hubiera exígidó su ogeriza,
lo exígera de mí la fe jurada
á mi tierno Farnaspe. No podria
dar tal premio á su amor. Ah, su
fineza

de dolor á mis pies espiraria.
Pero podré yo ver con indolencia,
levantado ya el brazo de la ira
sobre el paterno cuello, sin que corra

á detener el golpe ? dexaria
verter su dulce sangre, por guar-
darme

fiel á mi amante? No: de ingrata
hija,

no dexaré yo al mundo un vil modelo:
sabré triunfar de mi pasión altiva,
y dar la mano al Cesar, si así salvo
del caro Padre, la preciosa vida.

Farn. Corre Emirena.

Emir. Adonde?

Farn. Aver á Augusto.

Emir. Con qué fin?

Farn. Infeliz! el tiempo insta:

haz que revoque el misero decreto
qué dió contra tu Padre, su justicia.

Emir. Falló su muerte?

Farn. Mas atroz castigo,

su vengativo espíritu le dicta:

Esclavo á Roma vá

Emir. Supremos dióses

qué podré hacer?

Farn. Vee, corre, prenda mia,

baña sus pies con dolorido llanto,

gime, solloza, humíllate, suspira,

y si todo no basta, tus promesas,

tu esperanza, y tu fee, por él olvida.

Dáale tu mano, aunque Farnaspe muer-

ra.

Piérdase todo, como tú consigas

salvar al Rey.

Emir. Mas cómo, si él me manda

que aborrezca á Adriano mientras vi-

va?

Farn. Precepto que ha dictado su despe-

cho,

y que vés que á la muerte le encamina,

debe ménospreciarse. La obediencia,

desde luego á ser crimen pasaria.

Librense, Emirena, á qualquier

precio.

Emir. Al de entregarme yo, luces divi-

nas,

á unos brazos odiosos! Tan constante,

me lo aconsejas?

Farn. Ay! que no imaginas

quanto dolor me cuesta el duro esfuer-

que estás viendo, Emirena! en la ho-
ra misma,

que te aconsejo así, de pena, el alma

quiere salir del pecho que hoy habita.

Sé, que voy á perder en un instante,

el solabien; por quien amé la vida.

Sé que voy á quedar en un continuo

llanto, y dolor, y sé que mientras viva

insufrible á mí mismo, la paz dulce,

el descanso, el amor, y la alegría,

miraré con horror; pero, bien mio,

el Asia toda, de ambos, qué diria,

si Osroa muriese al filo de un cuchillo,

ó al Tira no dogal de una ignominia,

pudiendole salvar? de duro oprobio

nuestro glorioso nombre cubriria,

con razon. No Emirena: tal infamia

en nosotros, los dióses, no permitan.

Sacrifiquemos á deber tan santo,

nuestra paz, y ventura. Se, hija digna

de Osroa, tú, como yo, leal vasallo.

Vé, y esposa del Cesar este dia

ocupa enhora buena el trono augusto

de la enemiga Roma. Cifia, cifia,

su diadema, la frente, en que las gra-

cias

erigieron su Templo: en fin reciba

la ley, el mundo, del hermoso labio,

que en dia mas feliz, dictó mi dicha.

Emir. No tan digno te muestres de mi

afecto,

si quieres que te pierda.

Farn. No, alma mia,

temas perderme: no: mientras respire

te amaré, seré tuyo: qué suspiras?

te amaré, seré tuyo; no lo dudes.

té amaré, seré tuyo mientras viva.

Si, yo lo juré por los altos dióses,

por mi sagrada feé, por mis desdichas:

por esta dulce llama en que me abraso,

por esta mano que llamé yo mia,

y por esos dos ástros, que yo adoro

mas que á la luz, del mas sereno dia.

Pero que me detengo, cuándo estrecha

el tiempo tanto, y Osroa pelagra?

corre, buela, Emirena.

Emir. A Dios, pues.

Farn. Oye.

Emir. Qué quieres?

Farn. Vete: espera: suerte iniqua,

Emir. Farnaspe.

Farn. Qué?

Emir. Que te amo; y te abandono:

infiere, qual será la pena mia.

Farn. Pues no vivo sin ti, y de ti me

me aparto,

infiere tú; qual puede ser mi vida.

Emirena por la izquierda; y Farnaspe por

la derecha.

Vista de una parte del Palacio, con escale-

ra magnífica; que conduce hasta la orilla

del Orontes: Algunas Naves en él, pron-

tas á partir.

ESCENA VI.

Sabina con séquito de Matronas, y Caballeros Romanos, y Aquilio.

Sab. Basta ya: tú tan libre, y tan osado hablarme á mí de amor? Acaso olvidas

quién eres, y quién soy?

Aquil. Amor iguala

la distancia mayor. Si hasta este día

sellé mis labios; hoy que á Roma vuel-

ves,

quiero que sepas ya las ansias mías.

Sab. Eh::: Vámos.

Con enojo, á su Séquito.

Aquil. Ya penetro, bella ingrata,

de ese desdén la causa. Si, aun do-

mina

tu corazón, el falso, el inconstante,

el infiel Adriano.

Sab. Qué osadia!

¿Así hablas de tu Rey?

Aquil. Tú me enseñaste.

Sab. Es que en ti es culpa, lo que no en

en Sabina.

Aquil. Yo espero hallarte en Roma menos

fiera.

Sab. En todas partes me hallarás la misma.

ESCENA VII.

Adriano que descende por la Escalera con Mario y Guardias.

Adri. Sabina aguarda.

Aquil. A que mal tiempo dioses!

Sab. Señor: :::-

Adr. Pues tan odioso en este día

viene á verte Adriano, que sin verle,

y decirle un á Dios, partir querías?

Sab. No me insultes así: tú me destierras,

me alejas para siempre de tu vista:::-

Adr. Yo? qué dices? Aquilio.

Aquil. Grave empeño.

Adr. Dime, por ti, no me pidió Sabina:::

Aquil. Qué la diré?

Adr. an. Para partir licencia?

Sab. Qué escucho dioses!

Aquil. Cierta es mi desdicha.

Sab. No me intimaste tú, de orden del

Cesar,

qué partiera sin verle? té horrorizas

pérfido? té confundes? ya penetro

tu artificio. Sabrás::: Adriano.

Aquil. Que amo á Sabina,

señor, y que temiendo que triunfasen

sus constancia y virtud, quise este día

alexarla de ti::

Adr. Basta perverso::

ya vine á descubrir todo el enigma.

Este, traidor, es, el horrendo pago,

que, dar quisiste á las bondades mías?

Esta es la fee que guardas á tu dueño?

Este el respeto que le sacrificas?

Ribal mio! Enemigo de mi gloria:

Olá::: á Mario.

Aquil. Yo propio me labré mi ruina.

Adri. Asegura á Aquilio.

Llega Mario, y le quita la espada.

ESCENA VIII.

Emirena. Farnaspe, y los dichos.

Emir. Piedad Cesar. } arrojándose á sus

Farn. Señor piedad. } pies.

Adri. De quién?

Sab.

Sab. Temo su vista.

Emir. Del padre mio.

Farn. De mi Rey.

Adri. A Roma

y su senado, toca en este día
decidir de su suerte. Me ha ofendido
de modo, que no quiero, que mis iras
le juzguen, ni yo puedo perdonarle

Emir. Por que pues entretanto le castigas?

Adr. Basta, que ni aun oir su nombre
quiero.

Farn. Nada te mueve el llanto que des-
tilan.

los doloridos ojos de tu esposa?

Sab. Su esposa, Dioses! *sobresaltada.*

Adr. De la esposa mia? *a Emir.*

Farn. La vida de su padre, exige solo
por una blanco mano, en que tu dicha
cifrabas hoy.

Adr. Cómo Emirena calla?

Sab. Aun el traydor la adora.

Farn. Qué vacilas? *á Emir.*

Adr. Habla.

Amir. Señor ya habló por mi Farnaspe.

Adr. Y tú con qué violencia lo confirmas
te conozco Emirena: el odio eterno
que tu padre me guarda: la ojeriza
que profesas á Roma, y la jurada
fee á tu Farnaspe, no te dexarian
amarme, aunque mi esposa á ser lle-
gases.

Emir. Quanto, Cesar, engaña la malicia!
el deber, en mugeres de mi clase,
hace plaza al amor, que una alma dig-
na

sugeta; los mas fuertes sentimientos
á lo que su deber, y honor la inspiran
Sí Adriano: revoca una sentencia
que ultraja tu piedad: depon la ira,
y perdona á mi padre, por el sacro
laurel, que adorna aquesa frente invic-
ta:

por esta fuerte mano que ahora beso
y baño con mis lagrimas: *arrodillada.*

Adri. Respira, alzandola con viveza.
levanta, dexa el llanto. Así lloraba *ap.*
quando de mi triunfó.

Farn. Qué determina?

Adr. Ay corazon, y qué contraste sien-
tes! *ap.*

Sab. No mas desaires! Vencete Sabina. *ap.*

Señor, oyeme, y cree que no acaso
un engañoso amor, ú oculta ira,
va á hablar por mi: repara bien mis
ojos,

y en ellos hallaras quanto yo diga.

Adr. Habla qué quieres?

Sab. Veo, y lo ven todos,
quan sin provecho á dominarte aspi-
ras,

y quan en vano, hoy á vencer te esfu-
erzas

esa pasion violenta. Las heridas
de los dos, á ser vienen incurables,
y es necesario, para que uno viva,
que el otro muera: yo, si á tí te pierdo
tú, si á Emirena pierdes. Pues no digan
que por salvarse una muger inútil,
pereció un Adriano. Viva, viva,
un heroe tal, para su eterna gloria,
para su patria, y para si. Sabina
perdona los agravios que la hiciste:
tu fee, tu amor, y tu promesa olvida,
y porque tú la dulce paz recobres,
ella á morir gustosa se encamina.

Adr. Qué dices? *admirado.*

Sab. Que tan solo tu permiso
para partir aguardo. Mis desdichas
terminarán bien pronto con mi muerte,
y esta me alagará por que tú vivas.

Adr. Basta ya, no mas, alma generosa,
alma grande, de mil imperios digna,
qué exceso de virtud tan poco visto,
es él que en todos, Adriano, admi-
ra?

tú me cedas la esposa heroy. *á Farn.*
cament e.

por salvar de tu Rey la dulce vida
tú por librar al padre tu ven- *á Emir*
tura,

tu gusto, y tu descanso sacrificas.

Tú gallarda Romana, en tierno obse-
quio *á Sab.*
de mi gusto, renuncias tu alegría,

y

y un trono, á que tenia tal derecho:
y yo he de ser el debil, este dia,
solamente? El esclavo vergonzoso
de una pasion injusta? Y osaria
presentarme á los ojos de los hombres,
cubierto de este oprobio? Ascenderia
al trono á dictar leyes? No es posible,
no, yo os excedere: si ya me inspiran
virtud, y gloria: ya inflamar me sien-
to,

por su divino fuego, y á su vista
desaparece la obscura y fatal niebla
que me ofuscaba ayer, ya, por mi di-
cha

soy todo mio, si: perdona, oh dulce,
generosa, constante, y fiel Sabina,
mis desvios, y ya que á todos debo
el bolver del letargo en que yacia,
debedme á mi, vuestra ventura, tó-
dos;

á Osroa debuelvo el trono con la vida
á Farnaspe su fiel, y tierna esposa,
á Aquil'o absuelven las piedades mias,
de su crimen: y á tí, te doy mi mano.
á Sabina.

y un corazon que renunciar querias.

Sab. Oh jubilo indecible!

Emir. Oh placer Santo!

Farn. Dulce momento!

Los 3. Inesperada dicha.

Aquil Muera mi amor, pues yo
vivir consigo.

Farn. Permite que Osroa, hoy á tus
plantas riada:

Adr. No mas verie Farnaspe, no mas
verle.

Parta con ambos en la nave misma
en que preso se halla, y si desea
mi amistad por vosotros la reciba,
desde este instante. Tú Emirena, man-
da,

dispon de quanto esté en la mano mia,
pero dejame tú la paz del alma,
alejandote luego de mi vista.

Emir. Asi, Señor, lo haré, pues tú lo
quieres.

Adr. Si, Emirena, Adriano lo suplica,
no ya de amante, si, de escarmentado.

Emir. Feliz instante.

Farn. Venturoso dia.

Sab. Pero antes que partais, pues han
tenido.

tan venturoso fin nuestras desdichas,
ayudadme á cantar el digno triunfo
que hoy de si alcanza:::

Ella y todos. El Adriano en Siria,

FIN.

EN MADRID: AÑO DE MDCCXCVIII.

EN LA IMPRENTA DE CRUZADO.

En la Librería de Cerro, calle de Cedaceros, y en su Puesto, calle de Al-
cala se hallará esta con la Coleccion de las nuevas, á dos reales sueltas; en
tomos encuadernados en pasta á veinte reales cada uno; en pergamino á diez
y seis, y á la rústica á quince, y por docenas con la mayor equidad.

DONDE ESTA SE HALLARÁN LAS PIEZAS
siguientes.

- | | |
|---|--|
| Las Víctimas del Amor. | De un acaso nacen muchos. |
| Federico II. Tres partes. | El Abuelo y la Nieta. |
| Las tres partes de Carlos XII. | El Tirano de Lombardía. |
| La Jacoba. | Cómo ha de ser la amistad. |
| El Pueblo feliz. | Munuza: Tragedia |
| La hidalguia de una Inglesa. | El Buen Hijo. |
| La Cecilia, primera y segunda parte. | Siempre triunfa la inocencia. |
| El Triunfo de Tomiris. | Alexandro en Scútaro. |
| Gustabo Adolfo, Rey de Suecia. | Christobal Colon. |
| La Industriosa Madrileña. | La Judit Castellana. |
| El Calderero de San German. | La razon todo lo vence. |
| Carlos V. sobre Dura. | El Buen Labrador. |
| De dos enemigos hace el amor dos amigos. | El Fenix de los criados. |
| El premio de la Humanidad. | El Inocente usurpador. |
| El Hombre convencido á la razon. | Doña Maria Pacheco: Tragedia. |
| Hernan Cortés en Tabasco. | Buen amante y buen amigo. |
| La toma de Milan. | Acmet el Magnánimo. |
| La Justina. | El Zeloso Don Lesmes. |
| Acaso, astucia y valor. | La Esclava del Negro Ponto. |
| Aragon restaurado. | Olimpia y Nicandro. |
| La Camila. | El Embustero engañado. |
| La virtud premiada. | El Naufragio feliz. |
| El Severo Dictador. | La Buena Criada. |
| La fiel Pastorcita y Tirano del Castillo. | Doña Berenguela. |
| Troya abrasada. | Para averiguar verdades, el tiempo el mejor testigo. |
| El Toledano Moises. | Hino y Temisto. |
| El Amor perseguido. | La Constancia Española. |
| El natural Vizcayno. | Maria Teresa de Austria en Landaw. |
| Caprichos de amor y celos. | Soliman Segundo. |
| El mas Heróico Español. | La Escocesa en Lambrun. |
| Luis XIV, el Grande. | Perico el de los Palotes. |
| Jerusalen conquistada. | Medea Cruel. |
| Defensa de Barcelona. | El Tirano de Ormuz. |
| La desgraciada hermosura: Tragedia. | El Casado avergonzado. |
| El Alba y el Sol. | Tener celos de sí mismo. |
| | El Bueno y el Mal Amigo. |

A España dieron blason las Asturias
 y Leon, ó Triunfos de D. Pelayo.
 Dido Abandonada.
 El Pigmalcon : Tragedia.
 La Moscovita sensible.
 La Isabela.
 Los Esclavos felices.
 Los Hijos de Nadasti.
 La Nina: Opera joco-seria.
 El Montañes sabe bien donde el
 zapato le aprieta. De Figuron,
 El Hombre Singular, ó Isabel pri-
 mera de Rusia.
 La Faustina.
 El Misanthropo.
 La Fama , es la mejor Dama.
 Pedro el Grande, Czar de Moscovia.
 Entre el honor , y el amor el ho-
 nor es lo primero. De Figuron,
 El Matrimonio Secreto.
 El Asturiano en Madrid , y Obser-
 vador instruido. De Figuron.
 La muger mas vengativa por unos

injustos zelos.
 El Preso por Amor , ó el Real En-
 cuentro.
 El Dichoso arrepentimiento.
 El Hombre agradecido.
 El Stio de Toro.
 Los Falsos Hombres de Bien,
 A Padre malo , buen Hijo.
 Los dos Amigos.
 El Sirio de Calés.
 El Avaro: Drama jocoso.
 Los Amores del Conde de Comin-
 ges.
 El Perfecto Amigo.
 El Amante generoso.
 El Amor dichoso.
 La Holandesa.
 Christina de Suecia.
 La fingida enferma por amor,
 Opera.
 Catalina Segunda Emperatriz de
 Rusia.
 Ino y Neifile.

Comedias en un acto á real.

El Feliz encuentro.
 La Buena Madrastra.
 El Atolondrado.
 El Jóven Pedro de Guzman.
 Marco Antonio y Cleopatra.
 El Idomeneo.
 El Matrimonio por razon de estado.
 Doña Ines de Castro : Diálogo.
 El Poeta escribiendo.
 Ariadna abandonada.
 Squis y Cupido.
 El Ardid Militar.
 Los Amantes de Teruel : para tres
 personas.
 La buena Esposa.

El Triunfo del amor.
 La Toma de Breslau.
 Anfriso y Belarda , ó el Amor sen-
 cillo.
 La Atenaea.
 El Esplin.
 La Andrómaca : para 4 personas.
 Bellerofonte en Licia.
 Hercules y Deyanira.
 Semiramis.
 Euridice y Orfeo.
 La noche de Troya.
 Armida y Reynaldo, 1. y 2. parte.
 El Dia de Campo , en un Acto.